

## *Areté* o la travesía del pensamiento\*

*Salomón Lerner Febres*

*Pontificia Universidad Católica del Perú*

En el homenaje que hoy la Universidad Católica le rinde al Padre Mac Gregor convergen, de un modo afortunado, diferentes motivos que tienen, todos, un significado especial. El homenaje lo rinde *Areté*, nuestra revista de filosofía, al profesor y filósofo Felipe Mac Gregor, personaje insustituible en la historia de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en agradecimiento por sus años de dedicación a la docencia, por su contribución a la vida filosófica en el Perú, por su presencia amical y por su compromiso con el dolor y las desesperanzas de nuestro país. En todas estas facetas este hombre que cumple ochenta años ha puesto en obra un secreto que pocos conocen y menos practican: acumular, con el paso de los años, una envidiable juventud, nutrida por una fe profunda y actuante. De allí el buen humor que despliega en la tertulia. A ella se debe su entusiasmo permanente que no se amilana ante las tareas más complejas; y, por cierto, de esa fuente espiritual procede también la inembargable fe en el futuro del Perú, al que ha contemplado siempre con lúcida esperanza cuando muchos no veían sino el lado oscuro de nuestra historia.

Pero *Areté*, haciéndose portavoz de toda la Universidad, también

---

\* Discurso pronunciado por el Dr. Salomón Lerner Febres, Rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en la ceremonia de presentación del número de *Areté* (VI, 1) dedicado al P. Felipe Mac Gregor, S.J., el 21 de diciembre de 1994 en el Centro Cultural de la Universidad Católica.

tiene motivos para agradecerle al Padre Felipe Mac Gregor por conducir lúcidamente el rumbo de nuestra institución, la cual durante su rectorado se transformó cualitativamente, llegando a alcanzar el liderazgo nacional que aún hoy ejerce. Ha sido gracias a su empeño y a su visión institucional que han podido darse en el tiempo las condiciones que hicieron posible la consolidación académica de las ciencias que cultivamos y, dentro de ellas, la muy especial disciplina de la filosofía, donde nace *Areté*.

Justamente a esta obra innovadora del Padre Mac Gregor en la universidad peruana se refiere Jorge Basadre en el hermoso discurso que pronunciara en su honor al finalizar su gestión como Rector, discurso que reproducimos en este número de la revista. Al homenaje han querido sumarse, además, pensadores y teólogos de otras instituciones filosóficas nacionales, que comparten muchos de nuestros motivos de gratitud al Padre Mac Gregor y que colaboran así con nosotros en darle vida y razón de ser a este número de una revista que quiere dar cabida a lo mejor de la reflexión filosófica nacional. Es éste pues un homenaje múltiple: de los filósofos de la Universidad Católica a un colega de la Especialidad, de los profesores de filosofía a su antiguo Rector, de la comunidad filosófica nacional a un intelectual destacado en la vida del país y a un ejemplo de compromiso con sus instituciones, y de parte de todos, un homenaje de agradecimiento y de amistad.

Que la revista *Areté* haya servido de medio para hacer realidad este múltiple homenaje, es algo que nos alegra y nos compromete al mismo tiempo; por ello agradezco también, como lo ha hecho ya el Editor Responsable, a muchas personas. Nuestra revista cumple así con la tarea que se había propuesto y que responde al sentido de su nombre. “*Areté*”, la palabra griega que da nombre a la revista, significa precisamente la búsqueda incesante y siempre compartida de la sabiduría, el ejercicio solidario del discernimiento acerca de lo que es mejor para todos los hombres. El homenaje que la revista rinde hoy es pues, por la diversidad, la profundidad y la solidaridad de las voces de las que se hace eco, una forma de poner en práctica la *areté*.

Al elegir, hace ya seis años, este nombre para la revista, fue nuestra intención retomar la iniciativa de un grupo de jóvenes profesores de la Facultad de Letras, quienes hacia 1960 habían editado una publicación con el mismo nombre. En castellano, este término griego ha sido traducido por las palabras “excelencia” o “virtud”. Pero, como muy

bien dice Leopoldo Chiappo, en el “Elogio de la palabra” que nos ha entregado para este número, palabras como “excelencia” o “virtud” parecen haber perdido su resonancia significativa en el contexto hoy imperante de trivialización del lenguaje. Permítanme por eso que recuerde brevemente cuál es el sentido originario de estas expresiones, pues es dicho sentido el que ha inspirado y sigue inspirando nuestro empeño editorial.

Para los griegos, la *areté* —la “virtud” o la “excelencia”— es primeramente una capacidad, una disposición; es la capacidad que posee una cosa o una persona de cumplir a cabalidad con la función que le corresponde por naturaleza. Son “virtuosos”, “excelentes” —nos dice Homero, por ejemplo— los ojos que ven claramente o los pies que corren con velocidad; virtuoso es el atleta que despliega plenamente su destreza corporal o el amigo fiel que sabe ser verdaderamente amigo, es decir que sabe mantener el cultivo de la amistad incluso en la adversidad. Para que exista *areté* es necesario pues no sólo que se despliegue un talento, sino además que ese talento corresponda a un valor. Hablamos entonces de una capacidad para realizar en plenitud una actividad valiosa, de una disposición a vivir la vida más plenamente. Es justamente este vínculo indisoluble entre el despliegue de una actividad y su valor ético, lo que dio origen a nuestra palabra “virtud” —aunque hayamos ahora olvidado que es ese vínculo el que le dio sentido.

Pero, en el caso del hombre, la *areté*, la disposición virtuosa, tiene un rasgo peculiar. Porque, a diferencia de las disposiciones meramente naturales, la vida del hombre se desenvuelve en la libertad, la finitud y la contingencia. Por eso nos dice Aristóteles que la *areté* del ser humano es fundamentalmente una “actitud” (una *hexis*). Es la actitud deliberativa de quien se sabe en búsqueda del bien máspreciado y de quien sabe también que la vida es frágil y que los vientos soplan en direcciones imprevisibles. En este caso, más que en ningún otro, se funden en una unidad la disposición virtuosa y el valor moral que ella persigue. La *areté* del hombre está indisolublemente ligada al *logos* y a la *sofía*, es decir, a la reflexión, a la palabra deliberativa, a la constante interrogación. Y, estándolo, no pierde, sin embargo, su vinculación con la *praxis* ni su aspiración a realizar una vida más plena. Saber practicar esta virtud específica del hombre, cultivar esta actitud deliberativa, alentar la reflexión de todos en beneficio de nuestro bien común, es a su vez una virtud —es la “virtud de las virtudes” (la *areté*

de las *aretai*), como diría Aristóteles. Esta “virtud de las virtudes” se llama en griego *phronesis*. También de la palabra *phronesis* tenemos en castellano una traducción convencional, pero tan devaluada como las anteriores, que es: la *prudencia*. La *prudencia* (la *phronesis*) es para los griegos aquella virtud (aquella *areté*) que consiste en cultivar la reflexión y el trabajo del pensamiento, en emplearlos en vistas a discernir lo que es bueno y lo que es justo en nuestra vida azarosa. Para ilustrar en qué consiste la *phronesis*, Aristóteles recurre a una metáfora cuyo significado es en realidad universal: la metáfora del buen navegante. *Prudente* es quien se comporta como el buen navegante: quien sabe mantener alerta el ánimo y trazar el rumbo acertado por entre los escollos previstos o imprevistos, en el buen y en el mal tiempo, con la confianza de arribar así a buen puerto. En términos ya no metafóricos, la *phronesis* es la actitud reflexiva y pensante que orienta nuestro discernimiento en la travesía de la vida. *Areté* es la travesía del pensamiento, que coincidentemente se halla simbolizada en nuestro escudo institucional.

Estas son algunas de las ideas que inspiraron y siguen inspirando hoy la línea de nuestra revista. Pero si me he referido a ellas, no ha sido sólo para explicar su nombre, sino ha sido también porque, como dije hace un momento, con el homenaje que hoy celebramos la revista parece llevar a la práctica esos ideales que la inspiran. ¡Cómo no recordar por ejemplo, en el contexto de esta *travesía del pensamiento* que representa *Areté*, la cita del Padre Mac Gregor que Daniel Hartnett coloca como epígrafe de su artículo sobre la esperanza! Dice allí el Padre Mac Gregor: “Espero en el Perú porque siento casi visceralmente cómo nuestro paso a través de los siglos ha urdido ligámenes, lazos, cuerdas, velas, y construido nuestra nave...” Es, también aquí, la metáfora de la nave y de la travesía, de la nave de la nación que se ha ido construyendo, a veces solidariamente y muchas otras a través de luchas de intereses, a lo largo de la historia, siempre con la esperanza en que esa nave avance y siga finalmente un rumbo afortunado. Es una inspiración análoga la que reúne aquí a la travesía del pensamiento y la travesía de la esperanza. Pues, como dijimos, la actitud reflexiva de la *areté* griega está siempre ligada a la finalidad última de alcanzar una vida plena para todos los hombres. Una de las formas de poner en práctica esta *areté* es ofrecer nuestra revista para que en ella se expresen y dialoguen entre sí las distintas voces que, en la nave de nuestra nación, tratan

de dar cuenta de su reflexión y de su esperanza.

No debería sorprendernos que la mayor parte de los trabajos de este número se ocupen de cuestiones de ética. Lo exige seguramente el tiempo en que vivimos, que es un tiempo de grandes contradicciones y de muchas incertidumbres. En tiempos así, vuelve a adquirir sentido la metáfora de la travesía de la que hablaba Aristóteles, y vuelve a hacerse necesario el ejercicio del discernimiento, la fluidez del diálogo, el intercambio de ideas y el debate de la palabra. Comentando justamente la travesía de la esperanza de Mac Gregor, Daniel Hartnett expresa enfáticamente la razón de su esperanza o, para ser más exactos, la “esperanza de su razón”, ya desde el título de su trabajo: “Spero ut intelligam”, “espero para entender”. Hartnett se interroga allí por las formas en que la filosofía ha conceptualizado, sin mucho éxito, a decir verdad, esa experiencia tan humana y tan singular que es la esperanza. Esa experiencia movilizadora exige un esfuerzo de nuestra reflexión. O un esfuerzo de nuestra palabra, diría quizás Leopoldo Chiappo, pues en su discurso sobre el “Elogio de la palabra” llega a una conclusión sorprendentemente cercana a la de Daniel Hartnett. Luego de introducirnos en el origen maravilloso y misterioso de la palabra, y de describirnos las formas de su deterioro en nuestra sociedad, Chiappo concluye, en efecto, que nos “queda siempre la esperanza” de luchar por devolverle la vida a la palabra, de obtener la salvación por su intermedio. Y es para él esa esperanza, la que propiamente nos hace vivir. *Spero ut vivam, espero para vivir*, podría ser el mensaje final del discurso de Leopoldo Chiappo. También Ricardo Antoncich se orienta en esta dirección, cuando nos recuerda, en su artículo sobre Kant, el deber de solidaridad que tenemos los hombres unos respecto de otros, sobre todo respecto de quienes no pueden siquiera acceder a una vida digna. Y también en su caso es prioritaria la esperanza respecto de la razón: “que la vida sea posible”, nos dice, “es una exigencia de nuestro pensar”.

Todas éstas son voces que exigen a la filosofía una reflexión más comprometida con las preocupaciones morales de nuestra época y de nuestra sociedad. Otro tanto le exige Bernardo Regal, aunque desde una perspectiva diferente, esta vez desde la perspectiva, como dice él, “no profesional” de quien se ve confrontado a la experiencia cotidiana de estudiantes que se interrogan sobre sus escalas de valores. Y en cierto modo es también una preocupación moral la que anima los trabajos

de María Luisa Rivara de Tuesta y de Augusto Castro, pues ambos buscan, en la historia del Perú y de América Latina, formas originales de pensamiento que hagan posible una expresión más auténtica de nuestra vida cultural. Trabajos de ética son, finalmente, los ensayos de David Sobrevilla y de Ciro Alegría. Aquí el punto de vista es más “profesional”, pues cada uno de ellos se centra en un clásico de la tradición filosófica, pero su interés sigue siendo la reflexión sobre las condiciones más adecuadas de la justicia o de la ética en general.

Que todas estas voces esperanzadoras puedan expresarse en nuestra revista, es algo muy positivo, que refuerza el sentido ético de la travesía del pensamiento. Pero no menos positivo es que se expresen en ella igualmente otras voces, sólo en apariencia más distantes, pero comprometidas también a su manera en la tarea de la reflexión. Debemos ejercitarnos siempre en preservar las tradiciones que han marcado el rumbo de nuestra nave, como lo hace, por ejemplo, Miguel Giusti, al reconstruir la tradición metafísica que subyace a la *Lógica* de Hegel, o como lo hacen también Diógenes Rosales y Arsenio Guzmán, al recordarnos, el primero, los aportes de la filosofía de Rudolf Carnap o al transportarnos, el último, al complejo universo de nuestra identidad personal. Que todas estas posiciones se congreguen en un ánimo dialogante y colaborador, ha sido, desde su inicio, uno de los objetivos de nuestra revista.

Dice Aristóteles también que, siendo la *areté* una actitud deliberativa, ella no puede aprenderse sino por medio de su práctica misma. La virtud no es una disciplina que se aprenda por medio de manuales. Lo único que puede ayudarnos, nos dice, son los ejemplos vivos de *areté*, los modelos de hombres y mujeres que a lo largo de una vida han sabido practicar con ecuanimidad el discernimiento y el buen juicio respecto del rumbo que debe seguirse. Todos los colaboradores en este homenaje han querido expresar, Padre Mac Gregor, directa o indirectamente, que ven en usted a uno de estos ejemplos de *areté*, es decir al hábil timonel incansablemente comprometido con la reflexión y el destino de su sociedad y, por sobre todo, fiel durante cincuenta años a un sagrado ministerio asumido con generosidad, lealtad, energía y responsabilidad.

Alguna vez se nos acusó de ágrafos. Pero, quienes así pensaban, confundían la prudencia con la esterilidad. Se hace mucho más patente este error hoy, puesto que el cuidadoso trabajo que apreciamos

en todos los números de la revista *Areté* —y el que hoy ve la luz no constituye una excepción— evidencia una particular madurez y una gran calidad académica propia del trabajo reflexivo y sereno.

La labor editorial, bien lo sabemos, es una tarea particularmente difícil. Sin embargo, es necesario destacar cómo la invitación a rendir un homenaje a Felipe Mac Gregor, *leit motiv* de este número, facilitó en mucho la colaboración incluso de quienes, aun no habiendo sido sus alumnos, aprecian la calidad moral e intelectual de su obra y, por tanto, pueden reclamarse también como sus discípulos. Para este logro, es justo reconocer en particular el trabajo del profesor Miguel Giusti y sus colaboradores, cuyo empeño ha permitido en buena parte que hoy nos reunamos y podamos, a propósito de Felipe Mac Gregor, hablar sobre la naturaleza ética que asume la aventura del pensar.

La travesía del pensamiento no es, sin embargo, sólo un asunto de una revista de filosofía. Es, por sobre todo, una misión de la universidad —al menos, de ese proyecto de universidad que el Padre Mac Gregor puso en marcha y que hoy tratamos de seguir desarrollando. Es la universidad la que debe promover el diálogo reflexivo, el debate interdisciplinario, el intercambio de ideas. Es la universidad la que debe asumir un rol de orientación en esta amplia búsqueda de una vida más plena para todos los hombres, sin perder el interés por la teoría, ni abandonar su vinculación con la *praxis*, recordando siempre, más bien, que la travesía del pensamiento es simultáneamente una travesía de la esperanza.

Padre Mac Gregor, al celebrar con alegría este encuentro, comprobamos que el ánimo que usted ha fomentado en sus discípulos no se agota en las palabras, sino que se proyecta en la meditación y la acción. Esperamos que vea en ese espíritu que nos une a usted el homenaje sincero a un hombre que apreciamos y admiramos por su fuerza inquebrantable, su sólida confianza en el futuro y su refrescante y siempre bien dispuesta juventud. Muchas gracias por haber dejado que nos acerquemos, ya como discípulos, ya como amigos y colegas, a compartir con usted los dones extraordinarios de su vida.